

Autora: Lucía Tennina

Pertenencia institucional: Universidad de Buenos Aires/ Ides-Idaes-UNSAM

Dirección de correo: tennilulu@yahoo.com.ar

**Un acercamiento teórico y formal al concepto de “minorías” en *Loco Afán*.
Crónicas de un Sidario de Pedro Lemebel**

Loco Afán. Crónicas de un sidario, de Pedro Lemebel, es un libro conformado por un conjunto de crónicas que mezclan la reflexión teórica con la descripción ficcionalizada de la vida marica en Chile. Cada uno de los textos se articula desde un rodeo al lenguaje de las clasificaciones, al señalar formas que en él no se refieren. Las crónicas de Lemebel muestran lo indefinido, lo no significado y van construyendo, poco a poco, un esquema otro de clasificación que puede dar cuenta del “ser marica” por fuera de la lógica del universalismo o del particularismo. Y el acercamiento a ese nuevo ordenamiento se presenta a partir de la narración del deseo y de la muerte, en tanto potencias inasibles creadoras de identidades. No se trata, de todos modos, de elementos identificables desde referentes específicos, sino que su alusión resuena en distintos niveles. En principio, se identifica una alusión teórica a estos elementos, en sintonía con la discusión posmoderna de universalismo-particularismo. Asimismo, la letra que escribe al texto funciona como un elemento discutido y resignificado, aunque muchas veces se de a entender como necesaria esta intervención por las situaciones e imágenes a las que el texto alude, que no tienen signos prefijados para ser nombradas. Lemebel crea un nuevo lenguaje sin variar los elementos pero estableciendo relaciones con los ya conocidos, haciendo estallar, en este gesto, el sistema de significación hegemónico desde adentro.

En cuanto al primero de los niveles que plantean estas crónicas, el teórico se puede identificar, en principio, desde la presentación de la lógica de la universalidad señalada en su agonía. Lo que Lemebel manifiesta es la muerte del Sujeto universal, viril y fuerte, modelador de identidades, sostenido básicamente desde un discurso oficial del Estado. Así, narra, por ejemplo, que aquellos milicos que “educaron virilmente los gestos”, también resbalaban en mariconeadas y se desarmaban en partes vacías que se mezclaban y confundían entre las partes de las locas maricas.

“Por todos lados, fragmentos de cuerpos repartidos en el despelote sodomita (...) restos de cuerpos o cadáveres, pegados al lienzo crespo de las sábanas. Cadáveres de boca pintada enroscadas a sus verdugos (...) Miembros en reposo, que al primer rayo de sol saltaban preocupados, preguntando la hora. Buscando partes del uniforme, las camisas y pantalones de camuflaje confundidos con los tacoaltos y pantys, el fusil coronado por una peluca rucia” (Lemebel, 22-23).

Como pone de manifiesto la cita, este sujeto que se pretende universal y único, abarcador de todas las subjetividades, se muestra aquí, durante los tiempos de dictadura, como una construcción artificial formada por fragmentos de cuerpos estériles y sin vida, que se confunden entre las partes de las locas, y que solamente al armarse con sus uniformes pueden hacer creer que el sujeto que representa es homogéneo y único.

Sumada a esta primera muerte que rodea al Sujeto fuertemente levantado durante la dictadura militar, le sigue la muerte de la muerte del Sujeto, que deriva en una proliferación de identidades múltiples también sostenidas desde un ente modelador que ya no es el Estado, sino el mercado. El sujeto muerto, viene a decir Lemebel, reencarna en sujetos moldeados en tanto mercancías, que no funcionan de acuerdo a la lógica de la repetición de una forma única, sino que lo hacen desde la lógica de la producción, que exige que los productos sean fragmentados para su posterior utilización. Así, esa particularidad, esa mácula que limitaba y segregaba al cuerpo en la representación del modelo de Sujeto, ahora lo afirma, pasa a ser la fuente de su identidad y de su perpetuación en la historia. De todos modos, las crónicas de Lemebel insisten en que la modelación de las diferencias tiene un límite compartido por los distintos moldes, un gozne donde todas las identidades se interceptan: la virilidad, rescoldo del Sujeto en cada uno de los sujetos reencarnados que debe ser respetado:

“Una forma de anular la homosexualidad en el rock fue la masificación de su montaje. El plagio retocado de una diferencia minoritaria, la articulación de un travestismo macho a través del maquillaje. Pura pintura, puro make-up de reventa que explotó el grupo Kiss, con sus besos de rouge violados por la penetración del clavijero. Puro amariconamiento teatral para llenar el deseo estruendoso de los fans. Pura pose sodomita de Mick Jagger, succionando el micrófono como un pene.” (Lemebel, 99).

Como podemos ver a partir de la cita, cuando se pasa el límite de “lo macho”, aparece la discreción, el montaje y el maquillaje, que se encargan de delimitar el puro goce, el deseo no reproductivo en cuanto a la constitución y mantenimiento de las identidades vitales, e improductivo en cuanto a la lógica del mercado. Lo incontrolable en este sistema y, por lo tanto, lo que se domina desde la exclusión, es el deseo como repetición incansable, cuyo funcionamiento se articula desde el principio de descarga total, dentro del cual su más acabado ejemplo es la muerte¹.

Así, dentro de la lógica del mercado, también la muerte, además del deseo, desaparece, no entra dentro de lo encauzable, ya que el sujeto se hace desde el cuerpo vivo. Como señala Foucault con respecto a la biopolítica: *“Ahora es en la vida y a lo largo de su desarrollo donde el poder establece su fuerza; la muerte es su límite, el momento en que no puede apresar; se torna el punto más secreto de la existencia, el más “privado”.”* (Hist. De la Sex. I, p.167). La referencia a la muerte dentro del sistema mercantil es repentina, fugaz; la muerte es un guiño estático que alude al límite del esquizo flujo comercial. La muerte, dentro de esa lógica, es lo prohibido. Y Lemebel narra la muerte, le construye un sistema de cortejo que su prohibición le negaba, y en ese coqueteo mezcla figuras que parecían no tener relación alguna con ella, como Madonna, la Madonna que “(...) tenía cara de Mapuche, era de temuco (...) pero ya el misterio le había debilitado las mechas. (...)” (Lemebel, 33). Además, la muerte tiene aquí cuerpo desde el lenguaje; su no tener una referencia, su estado de puro significante, se plantea como materia viva y expresiva que habla por sí misma y se inmiscuye entre los signos. Los signos mismos que tratan de excluirla son desarmados de tal forma por Lemebel que revelan sus relaciones con ella: en cada una de las palabras con el afijo “sida”, por ejemplo, hace su aparición. Y también el deseo, el puro goce, inasible por la lógica mercantil, se entreve en cada imagen que crea el texto, en cada palabra que desarma el texto, en la palabra “ciudad-ano” por ejemplo, en “pájaro Lorqui-ano” (Lemebel, 119). Lemebel también le crea un cortejo al goce, decora imágenes que el lenguaje en general refiere de manera económica, avergonzada, casi como queriendo silenciarlas; o burda, pretendiendo atacarlas siempre de la misma manera. Ese tipo de imágenes se plantean aquí como modelables y referibles desde un vocabulario más extenso del que habitualmente se les suele ceder. Un ejemplo:

¹ “Y en este mapa ultracontrolado del modernismo, las fisuras se detectan y se parchan con el mismo cemento, con la misma mezcla de cadáveres y sueños que yacen bajo los andamios de la pirámide neoliberal. Quizás la última chispa en los ojos de La Palma, La Pirola Alessandri y La Chumi, fue un deseo.” (LA, 23)

“(…) Posó desnuda bajo la ducha. Tal como dios la echó al mundo, pero ocultando la vergüenza del miembro entre las nalgas. El candado chino del mundo travesti, que simula una vagina echándose el racimo para atrás. Una cirugía artesanal que a simple vista convence, que pasa por la timidez femenina de los muslos apretados. Pero a la larga, con tanto foco y calor, con ese narciso tibio a las puertas del meollo, el truco se suelta como un elástico nervioso, como un péndulo sorpresa que desborda la pose vaginal, quedando registrado en video el fraude quirúrgico de la diosa.” (Lemebel, 36)

Como vemos, la voz de Lemebel desestabiliza el “lugar común” que asegurara el equilibrio en el orden social y genera nuevas formas de vinculación que permiten ver el entre-medio, permiten ver lo silenciado o lo no relacionado.

Es desde la referencia a lo innombrable, a lo fugaz y oculto desde donde surge una alternativa a la lógica del particularismo y del universalismo. Lemebel propone otra lógica para comprender las multiplicidades que no cae ni en el universalismo conservador ni en el particularismo puro, que no es más que otra articulación conservadora y estéril, en tanto, como ya hemos referido, fragmenta las diferencias en productos, anulando así su potencialidad. La lógica que propone es la de la intersección, la del entre-medio. *Crónicas...* vendría a decir y a hacer desde la letra misma lo que Laclau desliza a través de un lenguaje académico estatuido: “(…) *la posibilidad de hacer visible el no-cierre inherente a una sociedad posdominada –es decir, una sociedad que intenta trascender la forma misma de la dominación- depende de hacer permanente la asimetría entre lo universal y lo particular.*” (Emancipación y Diferencia, 68). Lo que muestra Lemebel en todo momento es la posibilidad de contar el desencaje, el espacio que queda entre el modelo planteado por el universalismo o el particularismo y el individuo que lo encarna. Muestra la Madonna mapuche y sidosa, las “casi reinas, si no fuera por esos hilvanes rojos de la basta apurada” (Lemebel, 51), las “casi estrellas, si no fuera por la marca falsa de los jean’s tatuada a media nalga” (Lemebel, 51). Y el entre-medio más silenciado que hace aparecer en sus crónicas este autor es el del deseo y la muerte. Como ya hemos dicho, Lemebel escapa a las estructuras y a la experiencia conceptuada para dar lugar al deseo y a la muerte, a los instantes irrepetibles e irreferenciales, develando, en este gesto, el espejismo de lógica de la in-diferencia proclamada -que no ha hecho más que contribuir a la concepción mercantil que se fue apoderando del mundo, en tanto su significado real es: todos son

idénticos al modelo elaborado por las creencias de quienes detectan el dominio del mundo². Y, por otro lado, propone lo a-sistemático del sistema, la no referencialidad, como lo subversivo. En este sentido, dirá del Subcomandante Marcos:

“Que nunca nadie te vio el rostro, porque la revolución no debe tener un rostro. Es un imaginario posible, un paisaje que se completa con el rostro amado, soñaba Gilles Deleuze (...) Tus ojos se mofan de la vigilancia y su stock de narices, orejas y bocas que tratan de encajar en la calavera camuflada que requiere un rostro para el castigo. Porque el poder necesita un rostro para clavetear tu foto recompensa.” (LA, 138) (subrayado mío).

Así, en tanto el lenguaje de Lemebel señala las escorias del sistema, lo fragmentado y diseminado, lo impreciso e indefinible, se puede comprender su encuadre dentro del género “crónicas”. Género que sólo habla de lo inmediato, que sólo hace hablar al presente y lo hace de manera fragmentaria, en contraposición a la novela histórica y su pretensión totalizadora. Género que permite entrometerse en los espacios escondidos, en las voces no escuchadas y que se toca con los cuerpos sin alejarlos desde una descripción fotográfica. La crónica le posibilita a la voz del autor mantener su “uso intensivo asignificante de la lengua” (Deleuze, “¿Qué es una literatura menor?”) que es el que le permite ahondar por los pliegues del sistema y llegar a lo más inalcanzable.

² “La igualdad apunta a generalizar un sujeto “potencialmente apto” para consumir lo mismo que consumen los que se autodefinen como mejores” (Schmucler, “La industria de lo humano”)